

Lecturas críticas



Simbolismo y ritual en la política mexicana*

RESEÑADO POR HÉCTOR TEJERA GAONA**

Muchos interesados en los procesos políticos de nuestro país desde un enfoque cultural estábamos esperando la edición de este libro. En él se plasma el estudio sobre la campaña de Salinas de Gortari en 1988 que, hasta donde tengo entendido, solamente se había prefigurado en un artículo publicado en el año de 1990 en la revista *Nueva Antropología*, con el título de “El fondo de la forma: la campaña presidencial del PRI en México en 1988”.

A grandes rasgos este libro combina tres enfoques: el politológico, particularmente en la primera parte, en donde se habla del sistema político mexicano y sus actores; el comunicológico en la segunda y tercera partes, en las cuales el proceso de sucesión y destape del candidato del PRI, así como el comportamiento de la prensa durante dicho proceso, cohesionan la reflexión; y, en la tercera parte, el antropológico, donde con base en una detallada etnografía de la campaña de Salinas los autores nos brindan un sugerente panorama de cómo la cultura actúa en el ámbito político.

Encontramos muchos vasos comunicantes entre uno y otro enfoque a lo largo de sus páginas, por

lo que su lectura no deja ese chocante sabor de otros donde, por decirlo sin ambages, se percibe que se “pegaron” diferentes textos y perspectivas, como ocurre con cierta frecuencia en libros que se pretenden “transdisciplinarios”. Reitero, no es el caso. Por el contrario, me parece acertada la presentación de las particularidades del sistema político mexicano; el cual, hasta hace poco, se caracterizaba por elecciones que eran más propiamente *rituales de confirmación* –como les denominan Lipset y Rokkan–; donde no había contendientes electorales; existía un partido político hegemónico y, donde, la cultura política mostraba –y continúa mostrando– fuertes contenidos clientelares y de subordinación. En síntesis, un sistema político que: “dependía de dos factores para su estabilidad: para la clase política, la posibilidad de que cada facción conservase una parcela de poder, dada la circulación de las elites; para las clases populares, la satisfacción de demandas mediante distribución de recursos, lo que exigía de periodos relativamente prolongados de crecimiento económico”. Estabilidad políticamente puesta en

crisis, la cual –en mi opinión– se expresó de manera abierta, cuando Salinas pretendió mantener su hegemonía y, como lo describe el libro, un sector de la clase política se rebeló intentando despojar a Salinas del hasta entonces privilegio presidencial de nombrar, no sólo al candidato del Partido Revolucionario Institucional (PRI), sino a su sucesor, después del asesinato de Luis Donaldo Colosio.

Aun cuando el objetivo de la obra es “responder a la pregunta: ¿para qué servían las campañas electorales cuando el triunfo estaba definido de antemano?”; en otros términos, cuál era la utilidad de lo que denominamos rituales de confirmación, al hacerlo abordan, entre otras cuestiones, “el autoritarismo, su contenido y los recursos empleados por el poder para incorporar voluntariamente a la población bajo reglas hegemónicas”. En consecuencia, al adentrarse en la dinámica de la construcción del consenso y la hegemonía, se profundiza en los atributos del sistema político desde una perspectiva cultural. Celebro que así sea, porque los procesos de significación cultural –entre ellos la ritualidad política– han sido relegados por quienes estudian la cultura política, debido tanto a las dificultades para abordar el mundo simbólico –más aún ante la escasez de investigaciones que permitan establecer cuáles son esos símbolos y su influencia en la política–, como al hecho de que a menudo –como dice Kertzer (1988: 7)–, los “analistas tienen la tendencia a asumir que aquellos aspectos de la política que no pueden ser fácilmente cuantificados deben ser poco importantes”. En este sentido, el libro proporciona una perspectiva más

* Larissa Adler-Lomnitz, Rodrigo Salazar Elena e Ilya Adler, *Simbolismo y ritual en la política mexicana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México/Siglo XXI Editores, 2004.

** Profesor investigador del Departamento de Antropología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

compleja de la cultura que aquella derivada de las propuestas de Almond y Verba (1963), ya que emprende una explicación sobre la relación entre sistema político y cultura que rebasa la simple determinación de los valores que declaran poseer una muestra de entrevistados y, con base en ella, establecer las concordancias o disonancias entre cultura y sistema político.

El texto destaca que “la función del ritual político es la comunicación de la vigencia de los pactos fundamentales del régimen, renegociando y restableciendo el poder relativo de los grupos orgánicos”. Además, muestra cómo las campañas electorales son el ámbito de dicho ritual y donde, a su vez, se efectúan lo que podríamos llamar *intracampañas*, con base en las cuales diversos actores intentan promoverse políticamente. También expone cómo la difusión predominante (si no es que exclusiva) de las actividades del candidato priísta por parte de los medios de comunicación masiva genera elementos que alimentan las elucubraciones de la clase política sobre el lugar e influencia de diversos grupos de poder en “función de su cercanía/lejanía con el candidato” e, igualmente, construye los parámetros significativos con los cuales la población visualiza al futuro presidente del país.

En mi opinión, este libro muestra que *los procesos electorales son prácticas culturales puestas en juego en la arena política con el propósito de negociar adhesiones para la elección de determinados representantes*. Por ello, las descripciones de las giras, mítines y reuniones organizadas por el Instituto de Estudios Políticos, Económicos y Sociales (IEPES) durante la campaña de Salinas me resultaron muy atractivos. El enfoque con que fueron analizados y la mirada entrenada

en los detalles significativos en los rituales políticos otorga sentido a muchos aspectos de la vida política. Es cierto, como ha escrito el doctor Rodrigo Díaz en su excelente libro *Archipiélago de rituales*, que: “el concepto de ritual tiene algo de escurridizo o inefable, y en el mejor de los casos apenas sugiere, indica o construye sin demasiada convicción el campo de indagación que le es propio” (Díaz Cruz, 1998: 227). Sin embargo, aun cuando su contenido conceptual es multisémanico, muchos coincidimos en que el ritual es imprescindible en la dinámica política porque permite –y cito a los autores– “arreglos y negociaciones pragmáticas entre las partes, sin necesidad de recurrir a las normas jurídicas o a compromisos públicos”. Ellos sostienen que los rituales son formatos mediante los cuales la negociación política se hace posible sin intercambios explícitos, porque se establecen significados implícitos. Son actos públicos donde el “uso de tiempos y espacios, los gestos, la distancia física entre los asistentes, el uso de determinadas palabras, el tono de la voz y demás comportamientos son ‘señales’ de alianzas, rupturas y acuerdos”.

Desde un punto de vista más amplio, habría que añadir que la eficacia depende de un constante intercambio de símbolos y significados subalternos y hegemónicos que sirven –parafraseando a Cohen (1974: IX)–, para la “distribución, mantenimiento y ejercicio del poder”.

El libro señala que, tanto en términos de su integración estructural, como de su dinámica secuencial, los mítines expresan la percepción particular que sus organizadores y participantes tienen de la política; que el ritual juega con referentes intrínsecos y extrínsecos al mismo, y que su organización alude a la estructura política de la sociedad,

a ciertas prácticas de la política, y que refuerza la dominación y el ejercicio del poder.

Me atrevería a mencionar que algunos de los mítines descritos pueden ser catalogados con mayor propiedad como *celebraciones*, debido a que *no son transformativos* sino confirmatorios y porque sus integrantes asisten simplemente para demostrar apoyo. Son celebraciones porque los simpatizantes están ahí para ver personalizada la encarnación de sus convicciones, expectativas y utopías, y donde dicha encarnación les habla sobre ellas y las reitera.

El libro expone que la característica fundamental de las campañas es que están integradas por una serie de actos rituales que analíticamente pueden diferenciarse y agruparse en dos tipos de representaciones o *performances*: por un lado, aquellos dirigidos a exhibir *la relación entre el candidato y los líderes de las organizaciones presentes*; y, por otro, los que simbolizan el vínculo que establecerá el candidato con la ciudadanía cuando gobierne. En los casos en que predomina la relación con la estructura partidaria, el sentido simbólico de la segunda representación parece difuminarse; sobre todo para quienes fueron “convocados por la fuerza”, los “acarreados” y para la ciudadanía en general.

El análisis realizado de las diferentes etapas de la campaña de Salinas confirma lo que en otro lugar hemos dicho: *las campañas políticas muestran un carácter reiterativo debido a que se efectúan entre las redes del propio partido y, en lo general, entre el “voto duro”* (Tejera Gaona, 2003). En este sentido, es cierto que las campañas presidenciales –aunque también aquellas que se realizaban a nivel local– no estaban diseñadas para convencer a la ciudadanía, sino para que los líderes locales, regionales y estatales

expusieran al futuro presidente su capacidad de convocatoria y, con ella, su fuerza política. De esta manera, reforzaban y reorganizaban la estructura de poder. Este diseño sigue presente por lo que, paradójicamente, aun cuando los mítines se realicen en el ámbito de lo público, registran tendencias hacia el aislamiento con la ciudadanía. Como se sostiene en el libro, están organizados

...para impresionar al candidato, primero, y en segundo lugar al público. Como dijo un entrevistado, los políticos se la pasan mirando “hacia arriba”, donde están sus superiores inmediatos, mientras que el designado como candidato es el único que “no tiene hacia dónde mirar”, más que “hacia abajo”. La expectativa de que el candidato potencialmente puede decidir, directa o indirectamente, sobre el futuro político de todos los cuadros priistas producía una mecánica de campaña en la que el candidato, lejos de volcarse hacia los electores para pedir el voto mayoritario, recibía pruebas de adhesión incondicional.

Por medio de un análisis de la prensa antes y durante la campaña electoral del candidato priista, el libro subraya el papel de los medios de comunicación y su importancia en la construcción simbólica del próximo presidente. Dicho examen parece indicar que, cuando Salinas realizó su campaña, la importancia que sus organizadores otorgaron a los medios de comunicación masiva fue quizá menor a la concedida en los últimos años, porque los espacios no se disputaban o tenían como ahora. Sin embargo, en su papel de observadores y actores políticos, los medios habían ya provocado que –desde mi perspectiva– algunos mítines de campaña se constituyeran en *simulacros*, debido a la forma en que se construyó

su eficacia simbólico-política. Como decía Baudrillard: “Simular es fingir tener lo que no se tiene [...] Mientras que la representación intenta absorber la simulación [...] la simulación envuelve todo el edificio de la representación tomándolo como simulacro” (1978). Ante el temor del vacío de un acto deslucido por una escasa asistencia –angustia constante entre los coordinadores de campaña de Salinas (y de otras campañas que hemos estudiado)– recurrir a la estructura partidaria y a sus organizaciones para incrementarlas es un rasgo que no ha cambiado sustantivamente en los últimos años.

Los mítines orientados hacia los medios por lo común resultan frustrantes y poco significativos para quienes asisten. Los discursos son dirigidos a la clase política o, en el mejor de los casos, a toda la población –a través de los medios de comunicación–, y poco tienen que ver con los asuntos de quienes concurren a ellos. Como se nos dice:

A través de la presencia de los medios de comunicación, los rituales eran presenciados por la clase política no asistente al evento, que así podía seguir el desarrollo de las negociaciones a través de las señales emitidas en ellos, y la población en general, que podía observar el ascenso simbólico del candidato. En un punto intermedio entre la participación y la observación estaban los llamados “invitados especiales”, grupo compuesto por personas destacadas (ex gobernadores, ex presidentes municipales de ciudades importantes, intelectuales, actores o artistas distinguidos, empresarios, personajes del partido o del gobierno, colaboradores cercanos del candidato, conductores de televisión y periodistas importantes) que era ubicado generalmente en el fondo del estrado, desde donde podían ser observados y reconocidos (repre-

sentando el poder de convocatoria del candidato) al mismo tiempo que podían observar de primera mano el evento en cuestión (siendo así un público de elite). Una de nuestras entrevistadas, refiriéndose a los cuidados que se ponían en la organización de los eventos dijo: “todo eso, en el fondo, es un guión”.

Coincido con los autores cuando sostienen que si

...el ritual adquiere la forma de festejo, sirve para reiterar la validez y la continuidad de la relación patrón-cliente. Al costear los gastos de la celebración (sea con recursos públicos o privados) el líder local comunica su compromiso con la distribución, entre su clientela, de una parte de los beneficios que obtiene del poder, a cambio de su lealtad continuada. Al mismo tiempo, manifiesta hacia arriba la vitalidad de la colectividad a la que controla.

Me gustaría agregar que el festejo, al igual que la entrega de regalos, sólo es efectiva si se encuentra sustentada en una relación de patronazgo establecida con anterioridad. Pero en el ámbito de las campañas, lo que distingue a la mayoría de las relaciones entre candidato y ciudadanos es su carácter *impersonal*. En consecuencia, ante la falta de relaciones previas, o la remota posibilidad de que éstas se generen posteriormente, el asistir a una fiesta o recibir algún regalo *no implica una obligación* para los ciudadanos, sino una *oportunidad* y, como tal, no crea algún tipo de compromiso. En este sentido, ni las fiestas ni *la entrega de regalos generan relaciones clientelares sino que, en todo caso, pueden acompañarlas, siempre y cuando ellas se hayan construido previamente*. No obstante, llama la atención el imaginario generalizado entre quienes organizan campañas de que los

regalos y las fiestas son muy importantes para ganarse el favor del electorado.

El libro también aborda cómo las características simbólicas del mitin se relacionan con *las preconcepciones existentes entre candidatos y comité de campaña sobre el deber ser de la misma*; preconcepciones matizadas por el imaginario sobre los posibles deseos del “señor candidato”. Esto ha cambiado, y aunque dichos deseos no dejan de tener trascendencia, el estudio de *marketing* es el que en la actualidad señala cómo *ganar adhesiones y simpatías entre la ciudadanía*. Por tanto, el carisma (aunque éste sea producto de un juego de espejos entre los deseos del electorado y la personalidad y ofertas de los candidatos) es ahora la estrategia predominante.

La reforma electoral –aún con avances y retrocesos– abrió las puertas a una mayor competencia electoral, develando la importancia tanto de la personalización política, como de la incidencia de los medios de comunicación en la dinámica de la democracia como sistema político.

Regresando a los rituales políticos, los autores sostienen que quienes organizan los mítines están convencidos de que éstos *significan una oportunidad para medir los apoyos políticos alcanzados*; para que grupos de interés manifiesten tanto su apoyo, como su “fuerza” o capacidad de convocatoria a los candidatos; que los ciudadanos “se impresionen” con dichos apoyos y –yo agregaría– amilanar a otros partidos, sobre todos las concentraciones resultan multitudinarias. En mi perspectiva, esos rituales también tienen un contenido metonímico porque un “buen mitin” –uno que llene plaza–, se percibe como una premonición –“un anuncio”– de lo que sucederá en las urnas. Es

sorprendente la gran cantidad de mexicanos que hemos encontrado y que siguen el principio de “votar por el que va a ganar” y, por tanto, sufragan por el partido que consideran que obtendrá mayor número de votos. Para ellos un mitin puede ser un indicador. Por eso, reitero, los acarreo siguen siendo una práctica común, ya que tienen, entre otros, el propósito de generar la eficacia electoral del simulacro de lo multitudinario.

Conforme avanzaba en la lectura del libro se reafirmaba mi percepción de que las prácticas políticas que exhiben diversas campañas electorales, *aun cuando muestren elementos más o menos comunes*, están matizadas por *la cultura particular de cada partido*. Lo interesante es que la presencia de muchos de estos elementos comunes no puede explicarse por su eficacia simbólica, porque a menudo parecen no tenerla, *sino porque son producto de prácticas preconcebidas aprendidas de la cultura priísta y reforzadas por una reiterada carencia de imaginación por parte de organizadores de mítines y festejos* sobre cómo relacionarse con clientelas, simpatizantes, militantes y curiosos. En este sentido, algunos rituales de campaña han perdido su contenido simbólico porque no corresponden a los grupos o relaciones donde se realizan y, en consecuencia, son más referencias a un pasado perdido que acciones simbólicas que reiteren o reorganicen el significado de las relaciones políticas actuales. Al respecto, si bien coincido con el texto en que la campaña de Salinas representó la última: “que en términos generales reprodujo los patrones culturales construidos durante decenios, a la vez que fue el primero en revelar que dichos patrones ya no se ajustaban a la nueva realidad social”; considero un tanto optimista soste-

ner que Salinas “fue el último en presentar las características generales del modelo tradicional. Al menos en lo que se refiere a la designación del sucesor y características de campaña política. Posteriormente la violencia política, la rebelión priísta hacia la tecnocracia y la apertura política cambiaron dichas características”.

En mi opinión, los patrones culturales que dan contenido a la política, y que fueron el sustento de las relaciones políticas construidas durante más de setenta años, parecen vigentes.

Conuerdo con los autores cuando argumentan que el “electorado ‘moderno’ perdió el carácter marginal que tenía antes de 1988, [...] pero está en franca minoría con los grupos sociales susceptibles de entrar en relaciones de patronazgo”, pero propongo que habría que considerar otras aristas del problema.

Me parece que, en efecto, en la última década no hubo un cambio esencial en las relaciones entre sociedad y Estado, *sino un abandono de ellas por parte de los gobiernos neoliberales*. El régimen político se democratizó formalmente –lo cual de ninguna manera es poca cosa– pero no transformó sus relaciones con la sociedad y, por ende, tampoco generó una cultura cuyos contenidos modifiquen la percepción de las relaciones políticas, sobre todo entre los sectores más desfavorecidos. Dicho abandono ha modelado la cultura ciudadana. La *distancia* existente entre ciudadanos y sistema político ha impulsado la búsqueda de relaciones políticas de carácter *personal* con actores políticos y gubernamentales locales relativamente a su alcance. Esa búsqueda ha sido, casi siempre, infructuosa (o cada vez más mediática), porque la distancia se ha profundizado a causa de procesos

como la conversión del Estado Benefactor en Estado Regulador; el reemplazo de los políticos tradicionales por tecnócratas con poca capacidad o interés por establecer negociaciones políticas con los diversos sectores de la sociedad; la insuficiencia de los recursos gubernamentales; el deterioro de la calidad de vida de los mexicanos en general, y de un gobierno rebasado en muchos aspectos. A lo anterior puede aunarse el desgaste del corporativismo y clientelismo gubernamentales, que no han sido reemplazados por nuevos canales de relación entre gobierno y ciudadanos, y que los existentes no tienen credibilidad porque no inciden en las decisiones gubernamentales. Habermas establece que la cultura democrática de la ciudadanía se construye a partir del ejercicio de los derechos democráticos de comunicación y participación. No obstante, la carencia de canales para el ejercicio de esos derechos diluye el sentido de ciudadanía y debilita la relación con las instituciones del Estado. En consecuencia, no parecen haberse generado las condiciones que modifiquen la cultura existente entre muchos ciudadanos del país.

Pensamos que los resultados de las elecciones más recientes se explican en gran medida por la transferencia de las expectativas ciudadanas *de un partido a otro, en el ámbito de una política marcada por la personalización*, más que a cambios significativos en la cultura política ciudadana desde las elecciones de 1988. Sin duda, como se nos recuerda en este libro, las elecciones de ese año fueron sorpresivas en múltiples aspectos. Pusieron en jaque el sistema político mexicano y provocaron fallas en su *software*. Pero todavía parece haber un largo camino para que haya modificaciones sustanciales en la cultura.

Por último mencionaré que el texto finaliza planteando tres escenarios sobre el futuro de la relación entre cultura y régimen político. En términos sintéticos: *a)* la cultura se convierte en obstáculo a la democratización; *b)* se presentan transformaciones en el nivel cultural por influencia del régimen político y; *c)* se genera un acomodo de la cultura tradicional en un contexto de régimen competitivo. En mi opinión, hasta el momento, la tercera posibilidad es la que prevalece. El esce-

nario de país que ello prefigura me hace esperar, sinceramente, estar equivocado.

Bibliografía

- ALMOND, GABRIEL A.
Y SYDNEY VERBA
1963 *The civic culture: political attitudes and democracy in five nations*, Princeton University Press, Princeton.
- BAUDRILLARD, JEAN
1978 *Cultura y simulacro*, Cairós, Barcelona.
- COHEN, ABNER
1974 *Two Dimensional Man. An Essay on the Anthropology of Power and Symbolism in Complex Society*, Routledge & Kegan Paul, Londres.
- DÍAZ CRUZ, RODRIGO
1998 *Archipiélago de rituales: teorías antropológicas del ritual*, Anthropos/Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Barcelona.
- KERTZER, DAVID
1988 *Ritual, Politics and Power*, Yale University Press, New Haven.
- TEJERA GAONA, HÉCTOR
2003 "No se olvide de nosotros cuando esté allá arriba: cultura ciudadanos y campañas políticas en la Ciudad de México", Porrúa/Universidad Autónoma Metropolitana/Universidad Iberoamericana, México.